

Caracteres generales de la economía suramericana

por Humberto Fuenzalida V.

Suramérica ofrece, en el mundo económico de nuestro tiempo, una fisonomía misteriosa. Mirada desde los países con economías definidas, como son los países de la Europa Occidental, o los Estados Unidos, o algunos de los dominios más progresistas del Imperio Británico, debe aparecer como una esfinge cuyo secreto todavía no se logra descifrar. Con sus 18 millones de kilómetros cuadrados, su escasa densidad de población, sus inmensas llanuras aluviales mal conocidas o parcialmente desconocidas, sus montañas ricamente metalizadas, sus paisajes opulentos, su articulación climática y morfológica, debe ser una tentación permanente para los países densamente poblados y a caza de materias primas, que constituyen el bloque de la Europa Occidental. Y todavía es una esfinge por otras razones más. Efectivamente, aun en el momento actual, en que ese mundo europeo, presenta todos los síntomas de una desarticulación internacional alarmante, y en que la mayoría de los estados del mundo observa una conducta económica anti-integralista, el mundo suramericano sigue sin definirse, a pesar de la coyuntura excepcionalmente favorable que estas circunstancias han creado para la génesis de economías autónomas, más diferenciadas y mejor caracterizadas. Particularmente las vicisitudes sufridas por las monedas suramericanas en aquellos países más afectados por las crisis pasadas, determinaron una serie de circunstancias favorables, que debieron llevar a la constitución de economías armónicas y en las cuales, la industria, al mismo tiempo que las finan-

zas, ocuparon lugar más expresivo en la denotación de sus cifras totalitarias. Es verdad que algunos países han obedecido a esta solicitud de la coyuntura —particularmente Chile, Argentina y en menor grado el Brasil— pero la mayoría de los estados suramericanos han permanecido extraños a ella, y las crisis no los han conmovido en su posición de países monocultores, en su posición de países esencialmente agrícolas, o en su posición de países esencialmente mineros. A pesar del tiempo, a pesar de las dificultades que entraban cada día más seriamente el comercio del mundo, seguimos siendo países de materias primas.

Podemos decir que un país no se ha constituido económicamente sino a partir del instante en que los elementos estructurales de su economía, —datos naturales, geográficos, etnográficos, psicológicos, políticos, jurídicos y técnicos— (1) empiezan a armonizarse de tal modo que cada uno de ellos y todos entran en relación activa. De nada o de poco le sirve a un país, a una unidad constituida en estado, disponer de técnicos, si no tiene una empresa en dónde ponerlos en acción, o si no tiene disponibilidades naturales que valorizar económicamente, del mismo modo que de poco sirve a un estado poseer grandes reservas naturales si no dispone de técnicos para valorizarlas, o si no dispone de una fuerza financiera que acometa la empresa de transformarlas en bienes económicos. Este es el mal de Suramérica, y por eso todavía puede decirse de ella que es un continente que no logra constituirse económicamente, queriendo significar con ello el hecho de que la intensidad alcanzada por las diferentes economías nacionales no está en relación con las posibilidades de sus territorios, con las riquezas potenciales que todavía duermen inactivas en los inagotables reservorios de sus dominios territoriales. Es por eso por lo que Hermann Lufft, en su hermoso trabajo sobre América Latina (2) ha podido decir que nuestro continente no tiene presente económico; en él todo sería pasado y futuro.

De todos los países suramericanos, sólo la Argentina y tal vez el Uruguay, han alcanzado parcialmente ese equili-

(1) Enumeración de Wagemann: Estructura y Ritmo de la Economía Mundial.

(2) Hermann Lufft: Latein Amerika.

brio armónico de que hablaba hace un instante. En todos los demás, sobre las realizaciones económicas actuales, sobre las realizaciones activas de sus economías particulares, se yerguen, mucho más decisivas e interesantes para la conciencia continental, sus posibilidades hacia el futuro, cada vez que los elementos financieros, psicológicos, etnográficos de la economía logren mejorar.

Y creo que debo señalar este hecho como el carácter más decisivo que presenta nuestro continente como provincia en la economía del mundo. Nuestra participación actual en el volumen del comercio mundial, pudiera parecernos satisfactoria, si la consideramos en relación con nuestra población. En efecto, el continente suramericano interviene en un 6-7% en el volumen de mercaderías y capitales que se mueven en el mundo. Por otra parte, nuestra población se cifra en 85 millones de habitantes, representando en consecuencia el 5% de la población del mundo. Pero tenemos el deber de darnos cuenta de que esta intervención sólo en parte revela energías del continente, puesto que ella se hace principalmente gracias a las industrias extractivas organizadas, en su mayoría con capitales extranjeros, es decir, que sólo en parte representan una riqueza del continente. Si consideramos, en cambio, los percentiles en relación con nuestro desarrollo territorial, que es el único dato inmovible de las economías particulares, ya que todos los otros pueden variar mediante una política adecuada, advertiremos inmediatamente el déficit en que nos encontramos. Siendo la superficie del continente suramericano, más o menos de 18 millones de kilómetros cuadrados, ella representa el 13,25% de las tierras emergidas, es decir que nuestra economía sería deficitaria, sobre el valor que le correspondería por su extensión territorial en un 6%, si aceptamos un promedio de evolución económica semejante para todo el mundo.

Si este déficit no se hace sentir más enérgicamente aún en los porcentajes, se debe a otra característica del mundo económico suramericano, que Wagemann ha tenido el honor de poner el primero en relieve (3). Al hablar de las eco-

(3) Wagemann. Estructura y Ritmo de la Economía Mundial, Apéndice 2ª edición.

nomías suramericanas, el Presidente del Instituto de la Co-yuntura de Berlín, después de su viaje en 1936 a nuestro continente, insiste sobre lo que él llama una extraña conjunción. Efectivamente, la mayoría de los países suramericanos se caracterizan por disponer de una economía orientada hacia el exterior perfectamente organizada, en tanto que su economía interna es de carácter primitivo. La certeza de esta observación no necesita comentarios. El caso más típico, tal vez lo ofrece Venezuela, en donde, la mayor parte de la economía estadual, está basada sobre productos que van totalmente al mercado del mundo, mientras los productos de la economía de la tierra, de la economía que se moviliza con capitales asentados en el propio territorio, o que entran en el rubro de los artículos consumidos en el interior, es enteramente precaria. Es más, esta economía a base de capitales extranjeros con el encarecimiento de la vida que resulta de la conveniencia de mantener la moneda alta, crea los salarios elevados. Un jornalero en Venezuela gana 8 bolívares, es decir, 100 francos franceses, 80 pesos chilenos, o 75 milreis. Por otra parte, el capitalista, el comerciante, el empresario en Venezuela tienen que calcular sus ganancias de acuerdo con el alto costo de la vida. Es evidente que las otras actividades económicas, la agricultura, la industria nacional, no pueden competir en el mercado mundial ni en el mercado interno con los productos elaborados de otras economías en donde el bracero y las expectativas de capital se cotizan en monedas depreciadas. Así se determina una anemia progresiva de las actividades económicas propiamente nacionales, en particular de la agricultura, restando con esto energías al organismo económico y tornándolo en un sér monstruoso y deforme.

Es la economía exterior la que da los valores relativamente alzados de la economía suramericana, considerada en relación con el mercado mundial. Y no me parece ocioso volver a insistir en que ellos son en gran parte ficticios, puesto que su substancia emigra hacia el exterior en forma de exportaciones invisibles que afectan duramente la balanza de pagos. Un buen ejemplo de esto lo tenemos en el caso de Chile, que es la economía que conozco mejor. Las inversiones extranjeras en el país se estimaban en 10

mil millones de pesos de seis peniques oro para 1932. Suponiendo que ese capital devengara un rédito del 8% anual, se debía pagar al extranjero anualmente 800 millones de pesos, cantidad que debe restarse de la balanza comercial activa. Aun en años tan favorables para la economía chilena como fueron los años 1928-1929, en que la exportación sobre las importaciones fue de sólo 740 y 677 millones de pesos, es decir, que la liquidación sumando las exportaciones invisibles, ofrecía un saldo en contra de 60 y 123 millones respectivamente. Este saldo en contra debe aumentar aún, si se toma en consideración los pagos al extranjero por servicios de navegación, seguros, viajes, teatros, cinematógrafos, etc. El cobre y el salitre en Chile, el petróleo en Perú, Venezuela, Colombia y Ecuador, las energías hidroeléctricas en casi todos los países suramericanos, las grandes empresas de comunicaciones, están casi siempre en manos del capitalismo extranjero. Es este un hecho trascendental para el bloque suramericano, puesto que los capitales en obra, la fuerza financiera en acción, no vierten su substancia hacia el interior del continente suramericano, sino, por el contrario, hacia la periferia supercapitalista, creando una economía centrífuga, en vez de una economía de concentración, como es la economía de los países que vulgarmente se ha convenido en llamar países imperialistas.

Otro hecho fundamental en la caracterización de las economías suramericanas, es la diseminación. Mientras la América del Norte se reúne en dos estados propiamente dichos, es decir, que sus 21,2 millones de kilómetros cuadrados están sometidos a dos controles jurídicos solamente, Suramérica se atomiza en 11 países, si contamos a las Guayanas, como una sola entidad. Posiblemente esta diseminación se debe a factores geográficos; dificultades en las comunicaciones, vacíos importantes en el oecumen, diversidad de horizontes económicos, etc. como consecuencias todo del carácter tropical de nuestro continente, pero ello no es menos cierto que crea una anarquía económica que da a Suramérica el sello de los continentes coloniales. Es así como el grado de intensidad alcanzado por las distintas economías dentro del continente, no tiene ninguna homogeneidad ni continuidad. Frente a sectores, con formas de organización

económica ya verdaderamente capitalistas, o en vías de constituirse como tales, encontramos unidas, notablemente retrasadas, separadas por regiones aisladas, que no intervienen en el mercado mundial, en donde domina todavía lo que los antiguos economistas llamaban la economía natural, economía del trueque, economía de la producción enteramente regulada por las necesidades del consumo local o familiar.

Porque a la diseminación se agrega la disensión. Así como hay diferentes estados que establecen distintos controles jurídicos sobre la economía, existen diversos centros económicos que no entran en contacto y se oponen dentro del continente. Entre el mercado de Buenos Aires y el mercado de Bogotá o de Caracas, no hay ningún punto de contacto. El costo de la vida, las cotizaciones de artículos de la misma categoría, se hacen en ambos mercados, como si se tratara de dos puntos situados en continentes distintos. El costo de la mano de obra, el valor del transporte interno entre dos puntos de la misma América del Sur, varían según índices que escapan a toda ley. Y esto es más sorprendente si consideramos que la variabilidad de los climas, la distinta naturaleza de los productos, podía poner en continua relación de intercambio, los distintos centros mercantiles del continente. Las únicas relaciones que se han logrado generalizar hasta ahora son las relaciones del café y del trigo entre Brasil y Argentina, las relaciones de las frutas de zona templada y de zona intertropical entre Ecuador y Chile y los de la caña de azúcar entre Chile y el Perú. Es evidente que la falta de relación entre los mercados del continente se debe a las economías dirigidas hacia el exterior continental y a la organización del tráfico conforme a estos intereses.

La diseminación y la disensión, constituyen dos elementos más que tendremos que considerar, pues, en el estudio de las economías suramericanas. A ellas debiéramos agregar la inestabilidad. Cuando Hermann Lufft decía que nuestro continente no posee un presente económico, se refería también a este hecho. El continuo devenir, modificaciones profundas que sufren las economías particulares de nuestro bloque continental, se suceden con lapsos muy breves. Ha-

ce 15 años Venezuela era todavía un país de plantaciones tropicales y su vida económica descansaba principalmente en la agricultura. Hoy día vive del petróleo. Chile vivía, todavía hace diez años, principalmente del salitre, que era su gran artículo de exportación. Hoy día se transforma paulatinamente en un país en que las actividades agrícolas e industriales, se equiparan en valores de la producción a la minería. El Brasil lucha enérgicamente por cambiar su estructura económica a base del café, por una más equilibrada en la que tengan importancia otros productos, como son el algodón, y los productos de zona templada que tratan de aclimatarse principalmente en el estado de Espírito Santo, y hace un esfuerzo serio para recuperar, con el sistema de plantaciones, su posición en el mercado del caucho. Cada uno de los países suramericanos, al vaivén de los movimientos del mercado mundial, se transforma económicamente cada cierto tiempo, modificando profundamente su estructura y su vida económica.

Una información económica sobre nuestro continente, vieja de doce años, está ya completamente caduca.

Disensiones, diseminación e inestabilidad han creado como consecuencia un hecho grave para la economía suramericana: la emigración de los centros financieros fuera del continente. En realidad, ninguna de las actividades económicas logra afirmarse como para crear esa fuerza fundamental que mueve la vida de los pueblos. El temor del inversionista en nuestro continente es una resultante de los hechos anteriores. Hace algunos años, se habían pronunciado, particularmente en la economía de zona templada, dos centros bursátiles, que alcanzaron alguna duración y apogeo; uno de ellos era Buenos Aires, y el otro Valparaíso, en la costa occidental del continente. Valparaíso cotizó, durante mucho tiempo, todos los valores de la economía minera del norte de Chile, de Bolivia y aun del Perú, en oposición a Buenos Aires que cotizaba los valores de la agricultura, de las empresas ganaderas de la Patagonia y Tierra del Fuego, y de las industrias en franco surgimiento a partir de 1880 en las márgenes del Plata. Si Buenos Aires todavía se defiende como centro financiero gracias a una estructuración cada día más avanzada de su economía, Val-

paraíso perdió completamente y desde hace ya largos años, su calidad de centro bursátil y financiero.

Del examen que acabamos de hacer de las condiciones económicas en que se desarrolla nuestro continente, pudiera desprenderse una tonalidad pesimista para apreciarlo. Son los elementos dinámicos los que de por mucho dominan en él y éstos juegan anárquicamente. Los elementos estabilizadores todavía no entran a desempeñar su rol atemperante. Pero estas son sólo cualidades de la economía, y la dinámica particularmente activa de las economías suramericanas, nos está sirviendo de índice para señalarnos las posibilidades que encierra nuestro continente. Cuando el mercado mundial nos elimina un producto, luego encontramos otro con qué reemplazarlo y reparar el daño. Por eso podemos decir que: frente al disgusto de la economía real, de la economía en ejercicio, se levantan, para nosotros los americanos, como refugio y como esperanza, las grandes posibilidades de nuestros ámbitos territoriales. Estas posibilidades se refieren principalmente a la expansión del oecumen, y la formación de economías propias a base de los recursos naturales y la explotación adecuada de la tierra. Hasta el momento poco hemos mirado hacia nuestro contorno con voluntad de acción. La América que ya en los albores de su vida independiente fue admirada por sus hijos y cantada en versos que ofrecen lo mejor del estro americano por don Andrés Bello, y cuyas resonancias líricas se repiten en Darío en los comienzos de nuestro siglo, pareciera que no nos ha producido hasta ahora más emoción que la emoción estética. Pero ya se ve clarear el nuevo día. En la misma tradición están José Eustacio Rivera, Rómulo Gallegos, Mariano Latorre, Ricardo Güiraldes; pero en los novelistas encontramos ahora la incitación a la obra. En la poesía de Rómulo Gallegos hay siempre un elemento volitivo que quiere que el hombre retorne a la tierra y se empeñe en una obra salvadora del paisaje. Es el Santos Luzardo, de "Doña Bárbara", es el doctor Payara de "Cantaclaro", es el Hilario Guanipa de "La Trepadora". Quiero decir, que la conciencia americana se despierta frente a las angustias del mundo moderno y los peligros que él entraña para el continente, si permanece entregado a su indo-

lencia secular frente a las posibilidades que encierra la tierra y el paisaje. Gallegos, en su angustiosa busca, ha sacado sus personajes de distintas clases sociales: Santos Luzardo y el Dr. Payara de los círculos ilustrados, Hilario Guarnipa, del propio pueblo. Hay una acción que realizar. Para esta tarea no importa el horizonte social de donde vengan las manos. Ellas serán siempre bienvenidas.

Debemos acelerar este ritmo de la conciencia suramericana. Todavía estamos vacilantes ante la tarea y en el plano de las realidades muy pocas cosas las revelan. Aun en nuestros días el bienestar, la alimentación, una parte de nuestras masas, dependen principalmente del trabajo que ofrecen las grandes empresas extranjeras. Por desgracia, éstas, en el va y ven económico, se ciñen con fidelidad maligna a las fluctuaciones —períodos de prosperidad y de crisis— del mercado mundial. De este modo nuestros países sufren cada cierto tiempo las consecuencias de su condición de monocultores. Basta que la técnica suplante a un producto natural por uno sintético, o basta que el precio de un artículo baje unos cuantos centavos oro en el mercado mundial, para que grandes masas de población, a veces regiones enteras, caigan en la cesantía, en la hambruna moderna, esta hambruna que no se deriva de la falta de artículos en el mercado, sino de los excesos de la producción. Son los países productores de materias primas, particularmente aquellos que abastecen a las industrias pesadas, los que primero sufren las consecuencias, y los que las sufren más enérgicamente. Así en Chile, cuya economía se edificaba sobre el cobre y el salitre como productos de exportación, la cesantía es el cuadro obligado que se presenta cada vez que las condiciones ficticias o reales de los mercados empeoran las perspectivas de esos productos en el mundo. Como consecuencia el estado se ve obligado a invertir grandes sumas en la absorción de la cesantía, realizando obras suntuarias, o entrando en la explotación anti-económica de algunos productos de reserva.

Si el continente posee perspectivas tan halagadoras desde el punto de vista de sus reservas territoriales, no acontece lo mismo con lo que se refiere a su potencia financiera. Hasta el momento, salvo algunas honrosas excepciones,

—las actividades agro-pecuarias en general, algunas industrias elaboradoras y una que otra empresa extractiva, como son la minería del carbón en Chile y el petróleo en Argentina— todo el resto de la economía, que forma los grandes rubros del comercio de exportación, se mueve con capitales importados.

A este respecto hay que confesar que más que la falta de capitales el defecto del continente es la timidez de las inversiones. Para nosotros la riqueza por excelencia es el bien raíz. Somos pueblos agrarios en acto y en mentalidad. Y la actividad económica por excelencia es la agricultura. Cuando salimos de este horizonte económico y planteamos organizaciones mineras e industriales, lo hacemos con timidez o con criterios desprovistos de toda cordura económica. Los negocios mineros e industriales tienen hasta ahora para nosotros algo de mágico y... nos abstenemos. La carencia de capitales o su timidez para poner en movimiento las riquezas de los territorios que encierran los países suramericanos, es una de las dificultades que tiene que subsanar el futuro. Pero también ya vemos apuntar en el horizonte algunos hechos que permiten cierta esperanza. En algunos países, la organización de los seguros sociales, está formando capitales colectivos que empiezan a buscar colocación en las industrias. La caja de Seguro Obrero en Chile, se ha transformado, en los últimos años, en patrón industrial, por ejemplo. Pero la misma naturaleza de estos capitales hace que las inversiones sean muy parsimoniosas y busquen empresas seguras. La tendencia general es a emplearse en forma de inversiones sobre títulos del estado, u otras formas de empréstitos a largo plazo. Otras veces es el estado mismo el que se convierte en inversionista, mediante la creación de empresas particularmente de servicios públicos, como son las empresas de transportes. Ultimamente se ha generalizado bastante la política de inversión a base de las Cajas. Esta política, que también depende del estado mediante organismos semi-fiscales, no ha tenido grandes éxitos hasta el momento, pero ello se debe más bien a defectos psicológicos de los agraciados con los empréstitos, que malbaratan y desprestigian una acción de la cual debiera esperarse y conseguirse mucho. De la constitución de

una potencia financiera y la independencia paulatina que alcancemos respecto de los centros financieros del mundo, dependerá el grado de intensidad que alcanzarán nuestras economías en el futuro.

Ahora, la guerra ha estallado en los campos europeos. Lo que es una tragedia pavorosa desde el punto de vista humano, es para nuestro continente una nueva coyuntura económica que tendremos que considerar. Países de materias primas, sufriremos consecuencias muy variadas durante los primeros momentos de esta contienda, que no sabemos cuánto pueda prolongarse. Se supone que la demanda de cobre, de hierro, de nitrato de sodio, de petróleo, de estaño, con una industria armamentista trabajando a pleno rendimiento tiene que mejorar. Por desgracia la guerra comercial que se ha desencadenado desde los primeros momentos con extraordinario vigor, restringe y hace peligrosas las posibilidades del comercio ultramarino y el aumento de los riesgos cohibirá un poco al comercio durante los primeros meses de guerra. Sin embargo, las necesidades imperiosas de la propia defensa impondrán al fin el olvido de estos riesgos. Aunque las observaciones anteriores vicarán un poco la observación, deberemos estar atentos a las cifras estadísticas para juzgar nuestro porvenir más lejano. Es muy posible que la disminución que se observará seguramente en el consumo de los alcaloides, de los cuales dependen los agricultores de la zona intertropical, se vea compensada por el aumento de la exportación de las energías y de las materias primas. En todo caso, la guerra crea nuevamente la coyuntura favorable para el desarrollo de una producción más adaptada a nuestro consumo. En nuestros países el encarecimiento de los artículos importados dará expectativas particularmente interesantes a la iniciativa privada. El reciente discurso del Presidente de Venezuela, hace ver claramente que estas posibilidades ya han sido consideradas por el Gobierno de este país, y que se empleará particularmente en la tarea de crear esa economía mejor adaptada al consumo, sin descuidar por cierto el comercio de exportación, que procura las divisas.

El mundo que vivimos es un mundo complicado y conflictivo. Así hemos podido ver en estos últimos diez años,

cómo han variado profundamente las tendencias económicas. Todavía en 1928 se hablaba del Mercado Mundial, como de una realidad óptima hacia donde debían tender las economías. Era la conquista de este mercado mundial lo que se proponían principalmente los países imperialistas. Sin embargo, hacia 1932, ya varios países abandonaron este ideal económico comercial. Han sido las ideas políticas las que han determinado esta virazón, pero estas ideas han llevado paulatinamente al mundo a una situación tal de guerra aduanera, primero, de guerra militar ahora, que este ideal es un ideal de fondo, una lejanía en esfumino en el panorama económico actual. Los colapsos del mercado mundial se han dejado sentir periódicamente. Crisis económicas, guerras, ideales de autoabastecimiento en las naciones europeas. Cada cierto tiempo, con regularidad matemática lo vemos en colapso. ¿Frente a estos hechos no será preferible, que dediquemos gran parte de nuestra energía económica, en una política doméstica? Una tarea esencial para nosotros es procurar bienestar y salud a nuestras poblaciones. Fomentar esa producción adaptada a nuestro consumo es, a mi modo de ver, la tarea esencial que debe enfrentar el mundo económico suramericano. No tengo para qué dar ejemplos, porque todo el mundo los repite por la calle. Mil veces estamos consumiendo un producto danés, suizo u holandés, cuando en nuestra tierra lo podemos conseguir mediante un esfuerzo agrícola o ligeramente industrial.

Estamos, pues, nuevamente en un momento crucial para las economías suramericanas. El tiempo nos ha hecho mirar con mayor franqueza nuestros males y nos ha procurado un cierto optimismo, que es ahora cuando debe ponerse en obra, y transformarse en acción. Las fuerzas exteriores nos obligan a volver a nuestras tierras, y buscar en ellas los horizontes necesarios para la perduración y mantención de la vida. Nuestra tierra americana todo lo puede dar y los hombres que la estamos habitando debemos sentir ahora más que nunca los deberes que para con ella tenemos. Es esta una verdadera labor patriótica, y debe emprenderse como tal. Posiblemente el comerciante mire las cosas desde un punto de vista demasiado individualista y

crea que es el momento de las ganancias fabulosas, so pretexto de los riesgos del comercio y de la escasez de los productos que antiguamente llegaban con holgura al mercado. Esto puede ser controlado, sin embargo, mediante una fiscalización del estado, necesaria, puesto que en ello se juega la salud y la alimentación de las poblaciones americanas. Por otra parte el envalentonamiento que pueda conseguirse mediante una eficaz propaganda, traerá la creación de industrias nuevas y un mejor cultivo de nuestros suelos, con la compensación necesaria para el equilibrio de las economías de las distintas naciones del continente.

Hay que advertir sin embargo que este entonamiento y adecuamiento de las economías suramericanas, exigirá la organización del mundo económico suramericano. Entre los defectos que señalamos al principio, citamos la opinión de Wagemann, que señalaba la falta de organización de las economías interiores de la mayoría de los estados suramericanos. Esta organización importa obras materiales, en cuanto habrá que hacer más expeditas y numerosas las comunicaciones internas, y las comunicaciones entre las distintas naciones que forman el continente, para proporcionarnos mutuamente los elementos de consumo propio, de cada cual. Por otra parte implica una labor de organización y de disciplina, y una labor de policía. La mayoría de los estados suramericanos gozan de una libertad económica que deja en libre juego al empresario para la determinación de los precios y las especulaciones adquieren una intensidad desconocida en tiempos de paz.

Es de esperar que esta vez sepamos aprovechar el momento que nos toca vivir y volvamos la vista hacia nuestras riquezas estancadas, para valorizarlas y ponerlas en acción. Organizar los transportes, fomentar las industrias, cultivar el suelo con intensidad para el autoabastecimiento y la exportación de los variados productos agrícolas, a los mercados ahora en colapso, independencia progresiva de los mercados extranjeros, son las tareas principales que el momento impone.

¿Sabremos aprovechar las lecciones del pasado?